

muy guisón, por cerrar los ojos, abrir la boca y... ¡vaya calor! Menos mal que ya están instalando el teléfono, y el día que acalore demasiado se le podrá decir que atenué, porque... ¡la verdad!, todos somos hijos de Dios.

Llevamos unos días que ni en el Sahara. ¡Qué barbaridad! ¡Cómo se suda! Esto es para abrasarle a uno la existencia. Y que no hay quien se libre del calor: todo el mundo suda. Esta mañana, mire por ver a cuantos grados nos hallábamos y hasta el termómetro estaba sudando! Vamos, esto es el colmo. Si hay alguien que sepa de algo para no sudar, tenga la amabilidad de darlo a conocer en la imprenta de este periódico y lo gratificarán.

Claro; lo que resulta con esto, es, que se apodera del individuo una galbanópolis esdrújula—por no decir aguda—que, ni aún ganas de escribir le quedan a uno. Llamo a las musas y no vienen—hacen bien—porque temen licuarse; así es que ahora me paso el día llamando al Gulf-Stream.

¡Qué escándalo! ¡Pues no dice la pluma que se galbaniza ella también! Bueno lectores, a otra vez será otra cosa. ¡Muy buenas!

CRUZ M. ESPADA

MURIÓ UN ANGEL....

A la memoria de Pepita Montero

Quando eras en la tierra santo anhelo
y la vida gentil te seureía,
la muerte amarga con su huella impía
te envuelve en triste pavoroso velo.

Tú que fuiste la imagen del consuelo
dulce y humilde, bella flor de un día,
eres hoy bajo blanca losa fría
un ángel destinado para el cielo.

No te importe, excelsísimo querube,
abandonar la delusoria nube
de terrenales dichas de ilusión:

que al crear Dios las almas bienqueri-
hizo la tuya de sus elegidas, ¡das,
levantándote un trono en su mansión.

HIDALGUIS.

Arabia y los árabes

(Continuación)

A lo largo de las orillas del Mar Rojo, se encontraban antes tribus de árabes errantes, a los cuales se daba el nombre de Yety o Fagos, es decir, corredores de peces, porque dichos habitantes no tenían otra comida que el producto de su pesca. Estos hombres groseros y miserables vivían entonces sin leyes y sin ideas; pero poco a poco reunieron rebaños de caballos, camellos y carneros, que tenían la cos-

tumbre de llevar a paños allí, donde sabían que encontrarían pastos y agua muchas veces, una sencilla fuente de agua dulce.

Las producciones de la Arabia Feliz, han convertido en esta comarca en una fuente inagotable de riquezas. Todos los años se ven largas filas de camellos, que conducen mercancías a todos los países de Oriente, atravesar los desiertos de arena, para traer a los Arabes, a cambio de sus perfumes, trigo de Egipto y Siria, oro y preciosas telas que no se fabrican sino en Asia. Estas compañías ambulantes, obligadas a llevar con ellas, como los Beduinos, sus tiendas, sus odres de agua y su comida para un viaje de varios meses, se llaman CARAVANAS, y como no encuentran albergue en medio de las arenas del desierto, todas las tardes se ven obligadas a levantar un campo para en él reposar, con los animales que transportan, sus provisiones y riquezas.

Estas caravanas, casi siempre compuestas de muchos miles de hombres y de camellos, son todavía hoy el único medio de que puede hacerse uno para atravesar los inmensos llanos de la Arabia desierta, sin esta precaución, los viajeros que tienen la imprudencia de aventurarse en estas soledades, se exponen a llegar a ser la presa de las fieras, o a verse desaparecer bajo las montañas de arena que levantan algunas veces los vientos provenientes del mar Rojo, como en el gran desierto de Africa, en el cual nos cuentan los historiadores que pereció el ejército de Cambises.

Otros peligros esperan todavía en estos vastos llanos a los hombres demasiado audaces que se aventuran en ellos: los Beduinos, que no rehusan nunca la hospitalidad al viajero que va a cobijarse bajo sus tiendas, no tienen ningún escrúpulo en despojar y aún en matar a los mercaderes o viajeros que encuentran perdidos por el desierto; esto es a sus ojos una costumbre que no tiene nada de reprehensible, y este peligro no puede ser evitado sino por los que se reúnen en compañías armadas y lo bastante numerosas para imponer temor a estos bandidos del desierto.

A pesar de todo esto, se han levantado algunas ciudades en muchos puntos de Arabia, tristes y miserables en su origen, pero que luego se han convertido en otras de mucha importancia por su punto de reunión de las ricas caravanas que vienen a cambiar los productos de Europa y Asia por los perfumes de Arabia. Entre estas ciudades, se distingue la Meca, situada a poca distancia del Mar Rojo, al pie de tres montañas áridas, sobre un suelo roquizado, y en donde los pozos contienen un agua amarga y salobre. El comercio de las caravanas ha ido transformando esta ciudad de la Meca en un rico almacén, en donde los tesoros del mundo entero se recogen para ser extendidos luego por toda Arabia.

No es, sin embargo, la primera vez que se da el caso de enriquecerse una ciudad por su comercio, o ilustrarse por su industria, pues también nos cita la Historia como ejemplo de esto a la célebre Cartago, que debió después su ruina al orgullo, sin límites en sus ricos mercaderes, que creían que con su oro podían luchar contra el hierro de los ejércitos romanos.

THE PUBLIK.

Cuenca, 28 julio 1917.

(Traducido de *L'histoire du Moyen Age de l'abbé Elmy*.)

El planir de un corazón

Mansa corriente del río,
del río que marcha en calma
entre arbustos y cipreses
y se pierde en lontananza;
con ese murmullo arpegio
de tus cristalinas aguas,
que inspiran endechas miles
a zagales y zagalas.

Mansa corriente del río,
del río que marcha en calma,
entre el aroma de flores
que perfuman la alborada
de las mañanas de abril,
de esas tan bellas mañanas
que llenan el corazón
de dulce y bella nostalgia.
Entonces, cuando los trinos
del pájaro en la enramada
poetizan tus orillas
con melodiosa sonata,
cual los acordes divinos
de música Wagneriana.
Cuando el pensil del poeta
de su ideal, corre en alas,
inspirado por la musa
que del parnaso llegara
a iluminar en sus sueños
el madrigal que soñara.
Cuando el cáliz de las flores
que en el margen se destacan
de tu caudal imponente,
el suave perfume exhalan,
que atrofia nuestros sentidos
y nos adormece el alma.

Cuán todo es alegría
y nuestra vida adornada
con los gales y placeres
que nos brinda la llegada
de la bella primavera,
que es por todos anhelada.
Cuando todo es regocijo,
cuando todo es zirigaña,
entonces, mi corazón,
entre penas y esperanzas,
por los celos destrozado
que ceváranse con saña,
en la soledad del campo
busca la quietud del alma.
En vano buscas quietud,
alma que ya destrozada
perdiste tu lozanía
y con ella la esperanza